

Las impensadas bondades de la historia

Tríptico de la infamia

PABLO MONTOYA

Penguin Random House,
Bogotá, 2014, 303 págs.

EN 2014 Pablo Montoya publicó su cuarta novela, *Tríptico de la infamia*. Tríptico, porque son tres historias (como tres cuadros que conforman uno solo, pero a la vez cada uno vale por sí mismo); infamia, porque las tres historias cuentan episodios de horror y de muerte, inscritas en lo que se dio en llamar Guerras de Religión en la Europa del siglo XVI. Las tres, también, ¡recompensa! son narradas bajo el hilo conductor de tres pintores (cabría decir: bajo la *línea trazada* por tres pintores). Recompensa porque todo en la vida, creo yo, es mejor entenderlo, o tratar de entenderlo, por medio de los artistas, por medio del arte, ya que este no se siente obligado a darle gusto a nadie, ni establece compromisos o fidelidades con nadie, para decir las verdades o mentiras que muchos quieren escuchar o que muchos quieren utilizar.

Jacques Le Moyne y François Dubois de Francia, y Theodor de Bry de Bélgica son los tres dibujantes y pintores que entretienen, cada uno en su momento, estas historias y son ellos quienes pintaron y dibujaron su terrible médula: la guerra y la muerte. Aunque nunca se hubieran visto (a lo sumo uno supo de la existencia y, sobre todo, de la obra de otro), la presencia de la violencia en sus obras los iguala, les pone un destino similar, aunque esto, claro, es apenas un decir.

Pablo Montoya se inventó esta novela de la nada, es decir, aunque los hechos y los personajes existieron, era improbable que a alguien (pero sí a un creador acucioso y expectante como Montoya) se le ocurriera unir en un solo libro la narración de estos tres pintores, protagonistas cada cual según las circunstancias, y lograra que un lector se sintiera a gusto no solo conociéndolos, sino entrando en los intrínquilos de sus vidas de pintores y también de seres comunes y corrientes que amaron, sufrieron y se acabaron. Ante todo, que

ese lector se interesara por las obras de dichos pintores. Esto último me parece inherente a la lectura de la novela que plantea, entonces, una doble acogida: por un lado, la narración histórica, el transcurso de los hechos; y por otro, la obra de los dibujantes, ese testimonio desgarrador, en imágenes. Al lector le queda imposible no interesarse y no ir a los dibujos. Internet (bendito seas, Internet) permite hacer esa doble lectura con gran facilidad, dándole rienda suelta al interés y a la curiosidad, aunque son terribles y dolorosas las imágenes: muerte a garrotazos, degollamientos, desmembramientos y canibalismo. Europa que viene a América por territorios y por conversiones a nuevos dioses y a nuevas culturas, amén de las propias disputas religiosas y a muerte por el dominio espiritual y territorial, y América que ve venir a los invasores y los recibe con la terrible costumbre, muchas veces, de los descuartizamientos. De comerse asados a los enemigos.

El interés por estas historias seguramente comenzó en la curiosidad por los pintores, por sus obras descubiertas quién sabe cómo. El novelista, también hay que decirlo, se da un gusto especial en las narraciones en las cuales se ocupa de los artistas, de sus métodos y sus técnicas, de la calidad de sus imágenes. Es un apasionado de la pintura y conoce sus detalles, no como especialista, sino como observador capcioso e indagador. Como un escritor que nos sabe transmitir los detalles y la sensibilidad de los otros creadores. No es la primera vez que Pablo Montoya saca a relucir el placer que le provoca el arte pictórico. En otras novelas y en varios de sus ensayos (*Trazos*, *La sed del ojo* y *Lejos de Roma*, por ejemplo) se mete de lleno en descripciones de obras y en el nervio de los pintores y dibujantes –también de músicos, de narradores y de poetas– no para alardear, sino para recrear y mostrarnos de otra manera, por medio de la poesía, sin duda, lo que es objeto de sus narraciones.

En medio de los relatos espeluznantes de Le Moyne, por ejemplo, en los cuales este contaba las atrocidades de las batallas, le quedaba un espacio, no corto, para hablar de la relación de los indios con sus cuerpos y con la pintura.

Hacia el final del libro, en un gracioso juego con el lector, el escritor se involucra en la narración; él mismo

aparece por las calles de Fráncfort y de Lieja en busca de De Bry. Nos hace reír después de sorprendernos, al relatar su encuentro con la chica que lo atiende en la galería Wittert de la ciudad belga. Cuando la empleada le facilita las carpetas con las copias de la obra de De Bry, de pronto se ve a sí mismo en ellas, aterrorizado, amarrado a un árbol, desnudo, sin duda a pocos minutos de ser destrozado, asado y engullido.

Tríptico de la infamia puede definirse, pues, como una novela histórica (uso ese término en un sentido más bien tradicional, a regañadientes, dado que en realidad discrepo de él y creo, en cambio, que toda narración es histórica en tanto lo que hay –lo que se reclama– en todo relato es, justamente, una historia, y hasta los hechos “históricos” que van a las novelas y relatos son invenciones de los escritores, si no aquellos serán mero periodismo o pura “historia”) que, para bien de los lectores, no se toma demasiado en serio su relación con la realidad. La investiga hasta conocerla muy bien, pero luego, de manera dúctil, nos cuenta su propio relato, su propia invención, sin engañar a nadie ni un ápice. Se colige, me parece claramente, que el autor se toma legítimas licencias para hacer de sus pintores seres al servicio más de la pintura y del arte, que de la guerra y de sus nefastos impulsores, aunque por ellos el lector conoce, desde adentro mismo, las atrocidades de la guerra gracias a su atención permanente y a la consignación fiel de los hechos, como atentos notarios. Pero en no pocas ocasiones dicen lo que, quizá, no estaban autorizados a decir, pero el escritor mete baza y por medio suyo los dibujantes toman partido, como cuando Le Moyne conversa con Laudonnière, capitán francés al mando de la invasión a las Indias, y le dice en un momento de la detallada conversación:

Ojalá pudiera tener ojos suficientes para mirar los dibujos que los timucuas se hacen en el cuerpo. La proliferación es, por decirlo de algún modo, su razón de ser. No me cabe duda de que si, de imaginación se tratara, en el mundo de las representaciones pictóricas ellos nos llevan ventaja. Si me dieran a escoger cuál es más inquietante, si un muro catedralicio o un gobelino alegórico de esos que adornan nuestras paredes, y estos cuerpos ple-

nos de signos impenetrables, señalaría a los indios [...] Me aventuro a pensar que se pintan a todo momento para festejar el hecho de que en medio de una naturaleza poblada de ciclos aniquiladores, ellos son los elegidos, los diferentes, el punto de apoyo en medio de una existencia que apunta siempre al caos y al abismo. En una palabra, son los verdaderamente civilizados. [pág. 72]

Tríptico de la infamia es una demostración de cómo se puede escribir una buena novela tomando con fidelidad una referencia histórica sin que ello constituya una estorbosa carga en la cual se pierdan la poesía y el arte literario. Las licencias que el escritor se toma aquí no van en contra del arte, sino que, al contrario, contribuyen para que la pieza artística que resulta al final lo sea como un mundo autónomo, de ficción, y su lectura sea entonces un placer. Todo ello ante el sencillo argumento de que quien escribe no persigue nada distinto a la pura creación. Sin renunciar a los fieles acontecimientos ni a su incuestionable capacidad poética.

* * *

Nota inusual: es inevitable anotar que por esta novela Pablo Montoya Campuzano recibió en junio de 2015 el Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos de Venezuela, el más importante que se concede en el ámbito hispanoamericano. La nota la pongo al final de mi reseña, porque ésta ya había sido escrita (pero no enviada al *Boletín*) cuando se supo la noticia del premio.

Luis Germán Sierra J.
